

PRÓLOGO

Decía Hobsbawn que los cambios culturales en el mundo occidental que se produjeron en los años sesenta y setenta del pasado siglo se explicaban en gran medida porque nunca antes había habido tanta gente joven junta —de distintas procedencias y contextos— en lugares como las Universidades. Sin duda hay quien ha estudiado también el efecto que esa irrupción de estudiantes ha tenido en la producción científica. Por lo que atañe a mi experiencia, creo que ese aumento ha sido en gran medida beneficioso y ha producido trabajos de investigación meritorios e incluso valiosos. Pero, además, a veces tiene uno la suerte de tener que juzgar un trabajo que no sólo es valioso, sino que le atrapa en su lectura desde el primer momento y cuando por fin cierra el volumen lo hace habiendo disfrutado de cada momento y sabiendo que sale de una experiencia de aprendizaje. Y éstas no son tan frecuentes como sería de desear.

Me gustó en su día y me sigue gustando la amplitud de lecturas de las que da prueba Jesús Lorenzo Jiménez. No me refiero sólo a la bibliografía citada expresamente y que no es bibliografía de acarreo, ésa en la que es evidente que los libros citados o bien no se han abierto o bien se ha pasado por ellos como de puntillas. Me refiero sobre todo al hecho que detrás de la forma y el contenido de esta investigación se adivina un buen lector, alguien al que le gustan los libros y que ha leído mucho y bien.

Alguien que además escribe con claridad y concisión, sin que haya encontrado ningún párrafo de esos en los que detrás de las palabras se adivina la ausencia de contenidos o de reflexión. Tengo especial animadversión por un recurso del que abusan ciertos investigadores y que consiste en que, cuando se refieren al trabajo de quienes se han ocupado con anterioridad del tema que están tratando, destacan los defectos y fallos de esos predecesores, de forma a veces injusta, pues extrapolan párrafos sacándolos de su contexto, eliminando matices en las formulaciones cita-

das y ocultando a veces que el defecto o fallo que se critica en realidad no es tal; simplemente el precursor no tenía a mano todos los elementos de los que dispone quien llega al campo de estudios años más tarde. Este recurso suele tener mucho que ver con un ambiente en el que es necesario «vender» el resultado de una investigación como algo absolutamente nuevo y original. Pero todos en el mundo académico sabemos muy bien que la novedad y la originalidad son una *rara avis*, y que el avance en un campo de estudio suele hacerse a base de añadir ladrillos a los cimientos alzados por otros. Jesús Lorenzo Jiménez no cae en esos excesos, a pesar de que su trabajo es novedoso y original, y a pesar de ser un lector crítico de la bibliografía existente que no duda en expresar su desacuerdo o su insatisfacción con los resultados de los investigadores a los que remite. Y es especialmente crítico con quienes caen en la tentación de tomar algo como una premisa —sin demostrarla previamente—, por lo que todas las conclusiones que se extraen conducen necesariamente a ella.

Evitando caer en esa tentación, Jesús Lorenzo Jiménez es extremadamente cauto con lo que dan de sí las distintas fuentes de información con las que trabaja. Aunando el análisis historiográfico con los datos ofrecidos por el registro arqueológico, concluye que el dominio territorial de los Banū Qasī resulta no haber sido tan extenso en los comienzos como el que generalmente se le atribuye, de manera que más que ejemplificar una continuidad con la época pre-islámica el auge de esta familia debe situarse dentro de las nuevas coordenadas establecidas por la conquista islámica. En este sentido, Jesús Lorenzo Jiménez subraya con acierto las diferencias entre el epónimo de los Banū Qasī y los notables visigodos que aparecen mencionados en las fuentes árabes. Mientras que son las crónicas históricas las que nos informan de los hijos de Witiza así como de Tudmir, la única mención a un conde Casio se encuentra en el tratado de genealogía de Ibn Hazm. Otra diferencia es que, mientras que los witizanos y Tudmir se someten mediante pactos, el conde Casio lo habría hecho mediante un vínculo especial, el de clientela (*wala*). La tercera diferencia es que, mientras que los linajes de los witizanos y de Tudmir desaparecen absorbidos por los linajes árabes, el de Casio se conserva durante más de doscientos años. No son diferencias baladíes y al establecerlas y, sobre todo, al interpretarlas, Jesús Lorenzo Jiménez consigue al tiempo renovar nuestro conocimiento de la trayectoria de los Banū Qasī y abrir nuevas perspectivas para la comprensión de los siglos previos al establecimiento del califato omeya.

El lector tiene entre sus manos los resultados de una investigación bien planteada y bien llevada a cabo que cierra algunos caminos que, no por muy transitados, eran los adecuados y que abre otros nuevos que apuntan a destinos prometedores.

MARIBEL FIERRO

Madrid, a 9 de septiembre de 2009

INTRODUCCIÓN

La voz *dawla* se viene traduciendo como dinastía o como periodo de ejercicio del poder (Ballestín 2004: 70-72). Sin embargo, el concepto no está exento de cierto fatalismo: según señala Meouak (2001: 46-48), «la palabra procede de la raíz árabe *d.w.l.*, cuyos sentidos son ‘tornarse’, ‘gi-rar’, ‘cambiar’. Se emplea, por ejemplo, en el caso de las estaciones (...). En el Qur’ān, encontramos la voz a la hora de hablar de los días buenos que suceden a los días malos para cada ser humano (...). En la poesía árabe de la *Āhiliyya*, *dawla* alude a alguien que recibe su ‘turno’ de éxito y de poder. Estas imágenes se refieren, en general, a la metáfora familiar de la ‘rueda de la fortuna’, a la lenta rotación de la rueda del destino que eleva a un individuo o a un grupo, o, por el contrario, lo hunde».¹ Estas apreciaciones definen perfectamente el ciclo de los Banū Qasī. Se trata de un linaje cuyo origen se pierde en los años anteriores de la conquista islámica, pero que alcanza su momento de máxima expansión durante los años centrales y finales del siglo ix. A este momento álgido le sigue un rápido declive que le conduce en apenas dos décadas a la pérdida de todas sus posesiones y de su posición y, finalmente, a la extinción. Es decir, todo un proceso que contradice la idea de continuidad lineal.

Delimitar los ámbitos cronológico y geográfico en los que se desenvuelve la *dawla* de los Banū Qasī es una tarea más compleja de lo que pudiera parecer a simple vista. En una primera respuesta se podría contestar que se desarrolla dentro de un periodo que discurre entre el siglo viii y la tercera década del siglo x, y que se asienta sobre la Frontera Superior de al-Andalus. Las cosas, por el contrario, no están tan claras.

El ámbito cronológico presenta un límite superior perfectamente definido: el año 925, fecha de la muerte del último de los dirigentes del linaje en el área occidental, en el entorno de Tudela, que puede extenderse, a lo

¹ En idéntico sentido Lewis (1990: 68-69).

sumo, hasta el 929, fecha de la muerte del último vástago del linaje en el sector oriental. El límite inferior, sin embargo, se vuelve impreciso si queremos retrotraernos más allá del año 712, fecha que se baraja como más posible para la conquista del valle del Ebro. Dice una fuente árabe que en esta fecha existía en la zona un personaje, de nombre Casio, *conde en época de los godos*, que optó por colaborar con los conquistadores, integrándose en una medida que desconocemos en el aparato de poder islámico mediante la creación de un vínculo privilegiado de origen preislámico conocido con el nombre de *walā'*. Pero no sabemos nada más: no existe ninguna otra referencia al personaje, ni anterior ni posterior a la conquista. En esta fecha de 712 se disuelven los perfiles y comienzan las brumas.

A partir de esta mención, la historiografía ha tratado de llenar el vacío de los orígenes remontándose hasta época visigoda e incluso la tardoantigüedad, estableciendo una línea continua entre la época romana y siglo x cuyo hilo conductor son los Banū Qasī. El problema que plantea esta propuesta es que la continuidad, lejos de demostrarse, se toma como una premisa, por lo que todas las conclusiones que se extraigan conducen necesariamente a ella.

Si el ámbito cronológico es difuso, al menos en uno de sus extremos, el geográfico lo es aún más, como consecuencia de la tardía aparición del linaje en las fuentes. Hasta el año 839 las referencias geográficas se reducen a una mención aislada a Tudela en los años iniciales del siglo ix. Aunque a partir de ese año aumenta el número de menciones a asentamientos en el contexto de los distintos episodios, las noticias raramente se hacen eco del momento de su fundación, de la que la datación de la noticia no constituye sino la fecha *ante quem*. Las tesis continuistas se han servido de esta ausencia de límite inferior en la datación del origen de los asentamientos para afirmar que hay que remontarlos a la época visigoda, atribuyendo al conde Casio todos los enclaves que se mencionan en los años de mayor apogeo del linaje, esto es, los años finales del siglo ix. Nuevamente, el continuismo entre los periodos visigodo y árabe no es la conclusión del razonamiento, sino su premisa.

Hechas estas observaciones, queda señalar que limitaremos el ámbito cronológico de los Banū Qasī al que señalan las fuentes escritas, esto es, el periodo entre los años 712 y 929.² Ocasionalmente rebasaremos este

² Salvo indicación en contrario, que se hará constar con la letra H tras el numeral, los años aparecen expresados según el calendario gregoriano. Para la conversión de fechas se ha utilizado la aplicación editada por el *Institute of Oriental Studies at Zurich University* (<http://www.oriold.uzh.ch/static/hegira.html>).

marco, en particular en su límite inferior, únicamente para presentar los años inmediatamente anteriores a la conquista y para conocer y valorar propuestas historiográficas. El marco geográfico se sitúa en el valle del Ebro, presentando importantes transformaciones a lo largo del siglo IX, según pone de manifiesto la documentación escrita. En el mapa n.º 1³ recogemos la porción de territorio relacionada con la *dawla* de los Banū Qasī, junto a algunas de las referencias geográficas que en uno u otro momento se asocian al linaje. Se trata de un ámbito territorial extraordinariamente móvil, como veremos en páginas sucesivas, aunque sí que se constata la vinculación más duradera a determinados núcleos, a los que dedicaremos una mayor atención.

El linaje de los Banū Qasī ha interesado a la historiografía desde hace tiempo, en especial por tratarse de la única familia cuya conversión se documenta en época de la conquista. Los estudios acerca del linaje han seguido mayoritariamente una línea de tipo narrativo descriptivo, esto es, han tratado de ordenar cronológicamente el mayor número de sucesos conocidos a través de las fuentes, fuera cual fuera su origen, estableciendo relaciones entre ellos a fin de desvelar las fechas y lugares precisos en los que sucedieron determinados eventos y los personajes que los protagonizaron. Se construía así un relato lo más completo y coherente posible, para lo cual se utilizaban indistintamente todas las fuentes disponibles.

La integración de las fuentes en este discurso presenta una forma peculiar derivada del proceso de recepción de los textos árabes: se partió de las fuentes latinas, a las que se añadieron las noticias aparecidas en las fuentes árabes en función de su ritmo de difusión. En el afán por integrar *todas* las noticias, la historiografía resolvió las eventuales incongruencias y contradicciones entre los cronistas de forma solo en apariencia satisfactoria, ya fuera soslayando las diferencias, imaginando acontecimientos intercalados acerca de los cuales nada dicen las fuentes o, finalmente, achacando al cronista errores en su información. Estas «correcciones» no eran fruto de la crítica de fuentes, sino de la búsqueda por parte de los historiadores de encajar las noticias dentro de un guión previamente establecido. La fuente, en consecuencia, no servía de luz para resolver nuevos problemas, sino de punto de apoyo para afianzar aquello que ya se conocía. A lo largo del texto veremos multitud de ejemplos de esto.

³ Todos los mapas se encuentran en el apéndice 1.

También la arqueología hizo su aportación a este proceso de construcción del discurso historiográfico. A fin de dotar de realidad material en la que ubicar las informaciones extraídas de la documentación escrita, se procedió a una práctica con visos de arqueológica, consistente en paseos por el monte en compañía de una cartografía no siempre suficiente y unas crónicas, procediendo a datar «al paso» toda estructura que levantara las sospechas del investigador. La historia (entiéndase: el relato) era tanto más completa cuanto mayor era el volumen de información que contenía, y de ahí el empeño en no dejar espacios de incertidumbre ni preguntas sin respuesta: al igual que todos los individuos de todas las genealogías debían ser situados, todos los sucesos debían ser localizados y, muy especialmente, todos los topónimos debían ser identificados, dando lugar a un auténtico paroxismo en esta materia.

Esta línea historiográfica, que hunde sus raíces en el siglo XIX, encuentra uno de sus máximos exponentes en Sánchez Albornoz, cuya impresionante erudición sigue admirando hoy día a quien se acerca a sus textos. A este autor le siguieron otros, como Lacarra (1972), Cañada Juste (1980) o Martín Duque (1999) o, dentro del arabismo, Viguera Molíns (1988). En la actualidad esta tendencia no solamente está viva, sino que goza de una excelente salud, como se puede apreciar a raíz de textos publicados recientemente (Pavón Benito, 2006).

Frente a esta historia-relato, de carácter erudito, con aspiraciones divulgativas manifiestas en una redacción un tanto efectista, se inauguró en 1991 una línea de investigación de carácter interpretativo, es decir, que, más allá del simple relato de los acontecimientos, buscaba su explicación. Su artífice fue Manzano Moreno (1991, 2006), quien aplicó la propuesta explicativa de Barbero y Vigil (Barbero y Vigil, 1991; Barbero, 1992) a la Frontera Superior de al-Andalus, desarrollando, y, en su caso, matizando el texto del capítulo quinto de la obra *La formación del feudalismo* que tan criticado había sido desde ciertos sectores del arabismo peninsular, donde se defendía una estricta continuidad entre lo visigodo y lo islámico. Más recientemente otros autores se han referido a los Banū Qasī buscando la explicación de los sucesos por encima de su mero relato. En particular, hay que destacar por su interés las aportaciones de Acién, quien, de forma ocasional ha dedicado algunas líneas a los Banū Qasī, interpretando los sucesos de la Frontera bajo los mismos parámetros del valle del Guadalquivir.

En los últimos años se han acercado a la cuestión desde la arqueología varios investigadores, como Sénac (2000) o Bienes (2001, 2003, 2007a

y b). La actividad en este sentido resulta muy prometedora, gracias a la utilización de un riguroso método científico arqueológico que contrasta vivamente con el utilizado en épocas pasadas. Sin embargo, hoy por hoy, los hallazgos atribuibles al periodo de influencia de los Banū Qasī en la Frontera son muy exiguos y aislados, por lo habrá que esperar a resultados en un futuro que deseamos que sea próximo.

A lo largo de la páginas que siguen trataremos de analizar la evolución del linaje de los Banū Qasī, no con el fin de construir una historia del linaje, sino con el de hacer inteligible en su marco histórico ese ciclo que hemos denominado *dawla*. Para ello hemos abordado el estudio pormenorizado de las fuentes árabes en su lengua original, lo que nos ha permitido conocer de primera mano el texto de los autores y escapar a la particular lectura que los traductores hicieron en distintas épocas de estos mismos textos. Hay que señalar que una gran parte de la historiografía sobre los Banū Qasī se ha construido sobre estas traducciones, por lo que en ocasiones la crítica a las principales opiniones historiográficas se fundamentará precisamente en nuestra lectura de las fuentes originales.

El periodo que estudiamos presenta un gran interés, por cuanto abarca desde la conquista islámica hasta la proclamación del califato de Córdoba, sucesos ambos de enorme trascendencia en la historia peninsular por la magnitud de las transformaciones que implicaron. La conquista supuso la introducción en la Península de un importante contingente humano que ocupó las capas dirigentes de la sociedad conquistada, desplazando a la aristocracia del *Regnum Gothorum*. Este contingente no sólo era portador de una lengua y una religión completamente nuevas, sino que además traían consigo nuevas formas de organización de la sociedad y de articulación de las relaciones de poder entre los conquistadores y los conquistados, ensayadas con anterioridad a lo largo de ochenta años de conquistas.

Los cambios no se produjeron de un día para otro, sino que se fueron implantando durante un largo proceso no exento de tensiones derivadas de la contradicción de intereses entre los emires y las aristocracias locales, que se oponían a la pérdida de los privilegios obtenidos en época de la conquista. Estas contradicciones encuentran su manifestación violenta en los años finales del siglo ix, en el contexto de la *fitna*, que terminará en el año 929 con la instauración del califato de Córdoba.

Las preguntas a las que nos proponemos dar respuesta con este trabajo están íntimamente relacionadas con este proceso de implantación de la Formación Social Islámica y son distintas para cada periodo. En primer

lugar, bajo qué presupuestos se establecieron las relaciones de poder entre los conquistadores y el epónimo del clan de los Banū Qasī. En segundo lugar, cómo se conservó el linaje durante dos siglos mientras otros linajes más poderosos caían absorbidos por los grupos dirigentes. En tercer lugar, cuál fue el papel y las condiciones en las que se desarrollaron los Banū Qasī en los años finales del siglo IX, dentro del contexto de la *fitna*. Finalmente, cuáles fueron las causas de su rápido declive y posterior extinción.